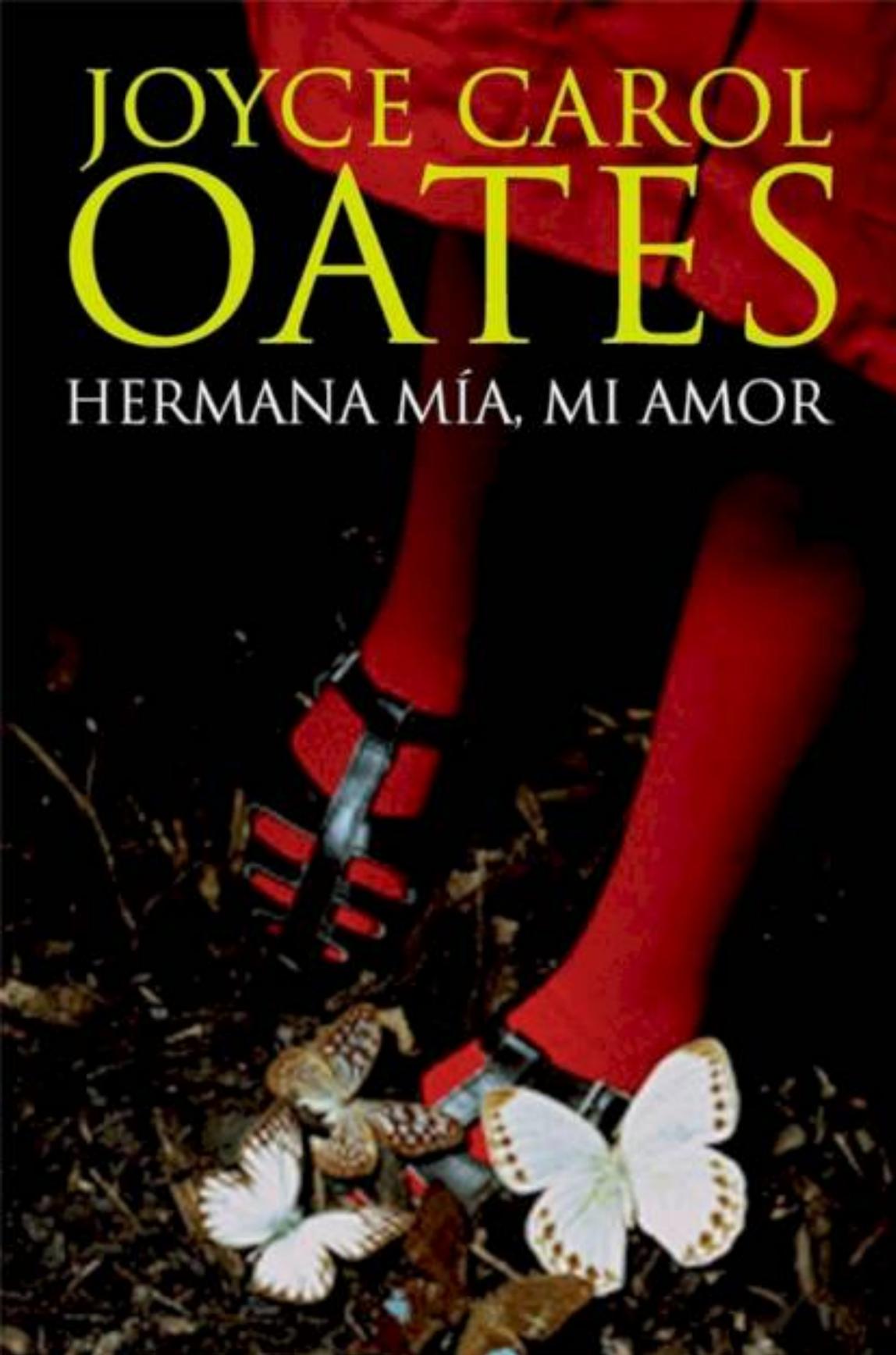


JOYCE CAROL OATES

HERMANA MÍA, MI AMOR



«Oates revisa el asesinato de Jon Benet Ramsey de un modo deslumbrante... Una de las mejores obras de esta oscura observadora de nuestras vidas y nuestro tiempo.» *Publishers Weekly*

Una madrugada, la adorable Miss Princesita del Hielo de Nueva Jersey y promesa del patinaje aparece asesinada en el sótano de su casa de un barrio de clase alta de Fair Hills. Tenía seis años; su hermano Skyler, nueve, y apenas recuerda nada de aquella noche que lo cambió todo. Ahora, diez años más tarde, escribe una historia que explica el porqué de la infancia destrozada, la culpa, la ambición desmedida y el infierno de la prensa sensacionalista: una historia que aclara las dudas y revela los oscuros secretos de su familia.

La crítica ha dicho

«La versión de Oates posee una riqueza tan superior a lo que sabemos acerca de lo que sucedió realmente con Jon Benet Ramsey, que debería ser cierta, y probablemente lo sea.» *New York Magazine*

«Una novela inolvidable, con una fuerza y dimensión extraordinarias.» *Booklist*

«Al igual que Nabokov en *Lolita*, Oates dirige su espejo desde la víctima hacia la cultura que la ha generado y la ha explotado, y a continuación lo gira hacia nosotros, los lectores, conforme vamos pasando las páginas cada vez más rápido.» *Tampa Bay Times*

«Probablemente la mejor escritora norteamericana viva. Todo un clásico sobre el que aletea el Nobel.» ELENA HEVIA, *El Periódico de Catalunya*

«Extraordinaria controvertida... Si sólo va leer una novela esta temporada, esta debería ser *Hermana mía, mi amor*.» *Baltimore Sun*

«Escritores como John Updike, Philip Roth, Tom Wolfe y Norman Mailer compiten por el título de Gran Novelista Americano. Pero quizás se equivocan. Tal vez la Gran Novelista Americana es una mujer.» *The Herald*

«Oates pertenece a la vieja estirpe de Poe, Borges, Kafka, Cortázar o Chéjov.» ÁNGELES LÓPEZ, *Qué Leer*

«Una de las mejores narradoras estadounidenses del último medio siglo.» NURIA AZANCOT, *El Cultural*

«Con su prosa incisiva y acerada, bella en su aparente frialdad y sensible a pesar de su tremenda crudeza, la norteamericana es autora de muchos cuentos y varias novelas sobresalientes... Una leyenda viva de la literatura.» DANIEL MARTÍN, *La República*

«Una de las grandes figuras de la literatura contemporánea norteamericana y firme candidata al Premio Nobel.» PABLO CHUL, *Ámbito Cultural*

«Si aún no has leído nada de la señora que acabará robando el Nobel a sus colegas masculinos, empieza por cualquiera de sus títulos. Alfaguara está desenterrando el tesoro.» CARLOS ZANÓN, *Avui*

*En memoria de mi hermana Bliss
(1990-1997)*

Nota de la autora

Aunque *Hermana mía, mi amor: la historia secreta de Skyler Rampike* tiene su origen en un célebre «caso auténtico de crónica negra», acontecido en Estados Unidos a finales del siglo XX, no es más que una obra de ficción y no se propone en absoluto representar a personas, lugares o acontecimientos reales. Esto incluye a todos los componentes de la familia Rampike, a sus abogados y a sus amigos. Como tampoco la descripción del «Infierno de la Prensa Sensacionalista» quiere ser un retrato literal de la reacción de los medios ante el crimen.

La desesperación es una enfermedad del espíritu, del yo, y puede adoptar, en consecuencia, tres formas: la desesperación de no ser consciente de tener un yo; la desesperación de no querer ser uno mismo; la desesperación de querer ser uno mismo.

SØREN KIERKEGAARD, *La enfermedad mortal*

La muerte de una hermosa niña de menos de diez años es, sin la menor duda, el tema más poético del mundo.

E. A. PYM, «The Aesthetics of Composition»
[La estética de la composición], 1846

Hermana mía, mi amor

*Skyler ayúdame Skyler me siento muy sola en este sitio
Skyler tengo mucho miedo me duele mucho Skyler
no me dejarás en este sitio tan horrible ¿verdad que
no Skyler?*

Nueve años, diez meses, cinco días.

Esa voz infantil en mi cabeza.



«Superviviente»

Todas las familias disfuncionales se parecen. Es decir, son «supervivientes».

Soy el hijo «superviviente» de una familia norteamericana de infausta memoria, aunque lo más probable es que después de casi diez años no se acuerden ustedes de mí: Skyler.

Un nombre pegadizo, ¿verdad que sí? *Skyler* (*sky*: cielo).

Un nombre elegido ex profeso por mi padre, que esperaba grandes cosas de mí, por ser su primogénito, y varón.

Un nombre, según creía Bix Rampike, mi padre, que distinguiría a quien lo llevase del común de los mortales.

Mi apellido —Rampike— les ha hecho parpadear, ¿me equivoco? *Ram-pike*. Un apellido del que, a no ser que sean ustedes intencionadamente obtusos, o finjan estar «por encima de todo» (es decir, por encima de la tierra arrasada que son los Estados Unidos de la prensa sensacionalista), o mentalmente incapacitados, o tremendamente jóvenes, habrán oído hablar sin duda alguna.

«¿Rampike? ¿Esa familia? ¿La niñita que patinaba, la que...?»

«Y que quienquiera que lo hiciese, nunca se...»

«Los padres, o un maníaco sexual, o...»

«En algún lugar de Nueva Jersey, hace años, por lo menos una década...»

Que es la razón de que —¡por fin!— me haya forzado a empezar esto que estoy escribiendo y que no sé aún si será

algo más que un documento personal —un «extraordinario documento personal»—, algo más que unas simples memorias, para tal vez convertirse en una verdadera confesión. (Dado que en algunos círculos Skyler Rampike es sospechoso de asesinato, pensarán que es mucho lo que tengo que confesar, ¿no es cierto?) Y como corresponde, este documento no será cronológico ni lineal sino que seguirá un camino de asociaciones espontáneas organizadas por una lógica interior férrea (aunque imperceptible): nada literario, un relato sin pretensiones, de una tosquedad desarmante de aficionado, que estará atormentado por los remordimientos, lo más adecuado para el «superviviente» que abandonó a su hermana de seis años a su «destino» en algún momento de la madrugada del 29 de enero de 1997, en nuestra casa de Fair Hills, Nueva Jersey. *Sí, soy ese Rampike.*

El hermano mayor de la niña de seis años más famosa de la historia de los Estados Unidos, o quizá de toda América del Norte o incluso del mundo, porque consideren ustedes: ¿de cuántos niños o niñas de seis años han oído hablar, en este país o en cualquier otro, cuyo nombre y cuyo rostro gocen de tanto «reconocimiento» como los de Bliss Rampike? ¿Cuántos niños hay con más de 500.000 menciones en Internet y cuántos que estén inmortalizados por más de trescientos sitios web, páginas personales y blogs mantenidos por admiradores leales o devotos enloquecidos? Hablo con estadísticas en la mano.

Lo irónico es que esa celebridad, que prácticamente todos los padres de niños de seis años de este país se morirían por conseguir, sólo ha alcanzado a mi hermana a título póstumo.

¿Y qué decir de mí, de Skyler? Tan anónimo y tan poco memorable como una pompa de jabón. De acuerdo, una pompa de jabón con un aspecto más bien raro. Si han seguido ustedes el caso de Bliss Rampike, lo más probable es que sólo hayan vislumbrado a Skyler de pasada. Habrán he-

cho caso omiso del hermano en su prisa por devorar, con remilgados y desaprobadores fruncimientos de ceño, los lascivos documentos ofrecidos en Internet, fotos pirateadas de la familia Rampike, fotos de la escena del crimen y fotos del depósito de cadáveres e informes de la autopsia conseguidos de manera ilícita, además de una provisión, en apariencia inagotable, de secuencias de vídeo de Bliss Rampike en la cima de su breve pero deslumbrante carrera como Miss Princesita del Hielo de Nueva Jersey 1996, «la más joven de todos los tiempos», patinando camino del triunfo sobre la fría y resplandeciente pista del War Memorial Center de Newark. Muy «parecida a un ángel» en un traje de satén color fresa con lentejuelas, con una alegre faldita de tul y braguitas blancas de encaje que apenas se vislumbran y diminutas chispas —«polvo de estrellas»— en el hermoso pelo rubio con tirabuzones de la niñita, al igual que en sus ojos húmedos y muy abiertos, sientes que se te encoge el corazón al verla, una criatura tan pequeña sola sobre el hielo, un gélido paisaje lunar que brilla por debajo de las relucientes cuchillas de sus patines y, ¡ah!, da un salto que provoca un colectivo grito ahogado en el público, seguido de una pirueta con los dos patines y a continuación con uno, se trata de ejercicios complicados incluso para campeones de patinaje de más edad en los que la más ligera vacilación o titubeo o gesto de dolor puede ser desastroso, y aunque hayas visto esta secuencia innumerables veces (si se tiene la desgracia de estar en mi lugar, Skyler Rampike, quiero decir), sin embargo empiezas a ser víctima del proverbial sudor frío mientras miras a la niñita sobre el hielo, rezando para que no resbale y se caiga... Pero cuando llegue el momento, la puntuación de Bliss será de 5,9 puntos de un máximo de 6.

Y todo esto con la música «disco» de rock suave de los años ochenta. *Do What Feels Right*.

(¿Hay alguien entre mis lectores, hombre o mujer, que padezca el SRC^[1]? Las personas que estén en ese caso entenderán mi necesidad de repetir, reconsiderar y revisar hasta la saciedad determinados episodios de mi pasado y del pasado de mi hermana.)

En la frenética cima de la fama (o infamia) de mi familia, aproximadamente en los años 1997-1999, era imposible dejar de ver desgarradoras fotografías de la «patinadora prodigio» que había sido asesinada en su hogar en una próspera comunidad de Nueva Jersey, a menos de ciento treinta kilómetros del puente George Washington. Era casi imposible no ver fotos de la niñita con su familia, sobre todo la fotografía favorita de los medios de comunicación — hecha justo antes de la Navidad de 1996—, con los Rampike sentados delante de un abeto de tres metros, adornado en exceso, en la sala de estar de su casa de estilo colonial, «parcialmente restaurada», de Fair Hills, Nueva Jersey: Bruce Bix Rampike, apuesto y ancho de hombros, que es el papá de Bliss; Betsey Rampike, llamativamente vestida, sonriendo entusiasta, que es la mamá de Bliss; la pequeña Bliss con un vestido de terciopelo carmesí y adornos de piel (armiño), tocada con la resplandeciente tiara de Miss Princesita del Hielo de Nueva Jersey, medias blancas caladas, relucientes zapatos bajos de charol y la famosa sonrisa angelical, dulce y tímida, entre papá y mamá, ambos sujetándola con firmeza cada uno por un codo,^[2] y, en el límite del retrato familiar, en una situación vulnerable que permite hacerlo desaparecer sin problemas de la foto, Skyler, el hermano mayor, sin talentos de ninguna clase.

Con «hermano mayor» quiero decir que en diciembre de 1996 tenía nueve años. Tres más que Bliss.

Y ahora, de manera sorprendente, soy trece años mayor que Bliss cuando murió. ¿Skyler? ¿qué te ha sucedido?

¿qué cosa terrible te ha sucedido también?

Me parece que no voy a describir el aspecto que tengo ahora, todavía no, al menos. Un «narrador invisible» me parece una buena idea en este momento.

En la fotografía navideña de la familia Rampike de 1996 —que ulteriormente se imprimió para felicitar la Navidad y después pasaría a ser utilizada por mamá como foto oficial de la familia en sustitución de otra anterior, anticuada, hecha cuando aún no se había coronado a mi hermana como Miss Princesita del Hielo de Nueva Jersey 1996— soy un crío más bien canijo con una sonrisa tan entusiasta que se tiene la sensación de que me la han cortado con un cuchillo. En respuesta a la orden del fotógrafo, tediosa y reiterada, *¡Sonrían, por favor!*, y de nuevo, *¡sonrían, por favor!*, el crío canijo sonríe como si se le hubiera descoyuntado la mandíbula. Calculo —falsa modestia aparte— que, según me han contado, era «mono», «adorable», incluso un «caballerito», pero nadie me calificó de «angelical», y menos aún de «mágicamente fotogénico» como a mi hermana, y aquí ni siquiera soy «fotogénico». ¡Nada de traje navideño en mi caso! ¡Nada de tiara plateada! Dios sabe qué camisa arrugada, corbata de clip, blazer azul y pantalones de lana que picaban consiguió reunir mi madre para que los llevara yo después de consumir ella una hora de ansiedad maquillando la cara de Bliss, que requería que se la maquillara para irradiar aquel aire de belleza de muñeca de porcelana, de fragilidad y de inocencia por el que ha llegado a ser conocida, y que se le peinara el pelo lacio y demasiado fino a fin de conseguir una cascada de tirabuzones que realzasen la tiara, y después vestirla, desvestirla y volverla a vestir, por no mencionar los minutos todavía más tensos que mamá tenía que emplear en su arreglo personal con el fin de irradiar el aire glamuroso y sereno al mismo tiempo que cálidamente maternal que Betsey Rampike quería.^[3] Mientras me pasaba, apresurada, un cepillo por el pelo y se agachaba para mirar mis ojos huidizos, procedió a suplicarme en voz

baja Skyler te lo ruego cariño hazle ese favor a mamá ¡trata de no moverte y no pongas caras horribles! Trata de parecer contento hazlo por mamá estamos en Navidades en casa de los Rampike y papá ha vuelto con nosotros y queremos que el mundo vea lo orgullosos que estamos de Bliss y qué familia tan estupenda y feliz somos.

Lo intenté y lo hice por mamá. Verán ustedes lo mucho que me esforcé.

No podrían ustedes ver si tenía algún defecto físico, quiero decir en una simple fotografía como ésta, pero lo cierto es que en las fotos familiares con motivo de fiestas doy la sensación de que quizá me pasa algo o padezco alguna deformidad, encorvado en el límite del encuadre como si estuviera a punto de caerme. Sé que se tiene la tentación de mirarme más de cerca, para ver si quizá existen en mis piernas reveladores aparatos ortopédicos, o si tal vez estoy confinado en una silla de ruedas para niños, pero *no es verdad.*

Cierto, tenía problemas «físicos». «Mentales» también. Y se me «administraban medicinas» de niño. (Pero ¿es que había alguien en Fair Hills, Nueva Jersey, a quien no le sucediera lo mismo?)

Todo lo que ustedes recuerdan de Skyler Rampike, suponiendo que se acuerden de algo, es una entrevista en la televisión en horas de máxima audiencia en la que yo no aparecía. Se trata de la conocida entrevista con B. W., por entonces prominente personalidad televisiva, que se emitió varios meses después de la muerte de mi hermana cuando, siguiendo el consejo de sus abogados, mis padres no estaban «disponibles» para entrevistas con la policía de Fair Hills. La astuta señora W. recibió a Bix y a Betsey Rampike con grandes manifestaciones de afecto y les dio el pésame por «la trágica pérdida», para plantearles directamente, acto seguido, el «hecho» de que nunca se hubieran encontrado pruebas, en el lugar donde murió mi hermana, de que nadie ajeno a la familia Rampike, ningún intruso ni «secuestra-